

REVISTA DE LA FACULTAD DE MEDICINA

Volumen XVIII

Bogotá, Junio de 1950

Número 12

Director, Profesor,
ALFREDO LUQUE B, Decano de la Facultad.
Jefe de Redacción, Doctor Rafael Carrizosa Argáez.

Comité de Redacción:

Prof. Alfonso Esguerra Gómez. Prof. Manuel José Luque. Prof Agr.
Gustavo Guerrero I.

Administrador, Benjamín Zabala Baquero

Dirección: Calle 10 N° 13-99 — Bogotá — Apartado Nacional N° 400
Talleres Editoriales de la Universidad Nacional.

EDITORIAL

EL PROFESOR PABLO A. LLINAS

Por el doctor Manuel José Luque

Recibiendo las más solícitas atenciones, al lado de sus familiares y ante la angustiada zozobra de la sociedad bogotana, que instante tras instante seguía la extinción de una de sus más prestantes unidades, hace un año justo, dejó de existir el Profesor Pablo A. Llinás.

Al recuerdo de esas horas amargas escribimos estas líneas. Evocando las huellas que dejara en nuestro espíritu el calor de su amistad sin sombras.

Se fué apaciblemente; aceptó el abandono de la vida como hecho natural que es y al que hemos de llegar devorados por el tiempo, que nada significa, ante los arcanos de la eternidad.

Suavemente, serenamente, sin transiciones bruscas dobló la cabeza y penetró en las regiones de lo desconocido. "Un bel morir toda la vida honra" escribía Dn. Fernando de Pulgar, el toledano, en carta a uno de los grandes de España y en ella agregaba a propósito del

temor de la muerte: "turbe a todo hombre, pero nó al caballero, a quien será loable fuir de la vida".

Llinás fué eso: un caballero. Hidalgo por temperamento, noble por sangre, señor por sus acciones, generoso en su sentir y en su pensar. De haber existido cuando los cruzados, tiempos heróicos y galantes, su pecho hubiera sido decorado con las insignias de Alcántara, Calabra, de Santiago de Castilla y de León; o con las cruces de Montesa en Aragón; las medallas de Cristo en Portugal; el "Toison de oro" de Felipe el Bueno, duque de Borgoña.

Todo eso y mucho más, hubiera sido para él. Para los caballeros, y para ellos sólamente, se asignaba el derecho de llevar la lanza, la cota de malla, el armiño, la marta, el terciopelo y la escarlata.

Así mismo fué amigo que nó sería fácil superâr. Cómo se empapaba de las amarguras, de aquellos a quienes ofrecía su amistad! En aras de ella sacrificaba su propia conveniencia, y por ella también, lo vimos muchas veces luchar con ardor, casi con violencia. Reparaba a injusticia cuando estaba en su mano, secaba la lágrima o retiraba del labio la copa de acibar ante el afecto, que ofreciera con todo el corazón.

Presente o ausente, igual en todos los instantes, estaba al lado de sus compañeros. Procedía en esa forma por temperamento; porque así era, por su parecer, por su valer, porque vibraba en su interior toda una alma de gran señor y grande amigo.

Siempre alegre y dadivoso. Activo y enérgico en sus años juveniles, lós dos últimos dones poco a poco se los fué arrebatando el orin de la vida, junto con la juventud. Los dos primeros atributos no los perdió nunca.

Era el modelo del facultativo de lejanos días, tipo que, en nuestro tiempo y por desgracia, tiende a desaparecer. Su voz de experimentado consejero, se escuchaba con admiración, con cariño y con respeto. Sus prescripciones terapéuticas se estimaban como inobjectables, sus insinuaciones se seguían con ritual obediencia; la veneración y el respeto que se le profesaban, estaban respaldados por una inmensa probidad profesional.

Hombre jovial, con humorismo de buen gusto, afable, tenía la elegancia del buen tono y de la sencillez. Su voz era agradable, su charla jugosa, chispeante, persuasiva, conceptuosa y amena. Hallaba el símil, la anécdota que sintetizaba la idea o fijaba el concepto. Rápido y preciso, de imaginación desbordante, siempre encontraba la alusión o la comparación ingeniosa y atrayente.

Con qué agilidad mental en la Academia de Medicina atacaba o defendía! Sus argumentaciones, de extraordinaria solidez, apoyadas en la experimentación o en la clínica, fueron siempre irrefutables. La forma peculiar de describir y la manera de narrar un episodio, tienen tanta importancia como el mismo episodio.



Profesor Pablo A. Llinàs

En el Profesor Llinàs se encarnaba el maestro de la Clínica. Con el vestido blanco, delante del enfermo en su servicio de Clínica Médica del hospital de San Juan de Dios, ejercía el verdadero sacerdocio médico.

Suave, discreto con el paciente, conquistaba su confianza con las pocas palabras que le dirigiera. Y a él se entregaba en la seguridad de que en sus manos estaba lo que más se pudiera lograr en beneficio de la salud perdida. Ahora, si por inexorable, se acercaba el momento

de la muerte, con los más tiernos mimos dulcificaba los instantes que precedieran a ese silencio eterno.

He afirmado que era un clínico, pero olvidaba decir que fué digno émulo de Lombana Barreneche, de Josué Gómez, de Nicolás Osorio. Un real placer científico se experimentaba al escuchar la manera como desmenuzaba el síntoma! La forma de analizar sus modalidades, de contemplarle sus facetas, de interpretar el significado o de juzgar su evolución.

Era de admirar cómo en el confuso mare-magnum de informaciones desordenadas y al parecer pueriles, desentrañaba el filón de oro que llevaba al diagnóstico. Y una vez hallado éste, fluía su voz agradable considerando su importancia y colocándolo en su valor real sin disminuir y sin exagerar.

Después, entre los vericuetos de la diferenciación con otras entidades nosológicas, deslizaba su inmenso saber. Huía cautelosamente de lo que pudiera engañar. Luego avanzaba con severísimos razonamientos por entre la maraña de confusas semejanzas y, al fin, cerebrando llegaba a la verdad lógicamente conducida.

Hoy se mira con desdén y se habla con ironía de lo que se llamaba "el ojo clínico". Sí; el mismo que tuvieron Charcot y Dieulafoy, el que hiciera maestro a Brissaud, el que engrandeciera a Ernest von Bergmann y a Kraus en sus clínicas de Berlín!

Llinás guardaba el "ojo clínico" entre los caudales de su inteligencia. Aquel que sólo pertenece a los que saben ver rápidamente los síntomas esenciales, apreciando su sentido y su valor, es decir, a quienes desarrollan por el estudio y por la experimentación las facultades de atención y de comparación. "Este "ojo" no es pues —decía Achard— sino la síntesis de las cualidades de un buen médico, el arte de aplicar justa y sintéticamente una ciencia exacta".

"La observación minuciosa, la comparación sutil, el juicio y el espíritu críticos, las cualidades que forman al médico sabio. Y es la bondad, la consagración y la conciencia lo que hace a un médico benefactor". Que atributos más bellos adornaban a mi amigo inolvidable!

No acierto a comprender si gozo o sufro recordando al colega y compañero que se llevó la tumba! Es que no puede haber placer más alto que hallar a un hombre de bondad sin límites, imitar su ejemplo, seguir su consejo. De modestia infinita, sereno y apacible, siempre encontraba la disculpa al error o a la falta del prójimo. A nadie conceptuaba malo, de todo hablaba bien.

La vida fue su hogar; los libros, sus amigos. No supo de pasiones ni de envidias. Tenía sus convicciones respetando las extrañas sin animadversión, por nada ni por nadie.

En la intimidad era un soñador. Qué médico no lo és? Todos, o casi todos habitamos el mundo del ensueño, vivimos horas irreales forjando una quimera o acariciando un imposible; casi siempre esperando lo que no se dá, o procurando lo que no se alcanza. Qué de sueños dorados revolaban en su pecho de hombre, y en su corazón de niño! Aspiraciones familiares, anhelos científicos, deseos generosos de caballero con fé sincera y honda.

Hoy, en el primer aniversario de su muerte, estoy al lado de los suyos espiritualmente. Dentro de mi sér se hallan Juan Pablo y Jorge Llinás Olarte. Que en esta hora de las desgarradoras recordaciones, bajen sobre ellos las miradas del Eterno. Que el Señor de los Adoloridos aleje de su alma el corrosivo de la desesperanza y retire de sus ojos el alcaloide de las lágrimas!